

# METAS Y CAMINOS DE LA IGLESIA

EDUARDO J. ORTIZ

En amplios sectores católicos parecería común el error de interpretar la promesa evangélica de permanencia de la Iglesia como una bendición incondicional de las estructuras con que ésta se reviste en cada época. El criticar a la institución eclesial sería una muestra palpable de una fe inmadura. Poner en tela de juicio el sistema actual de autoridad equivaldría a contradecir los deseos expresos del mismo Jesucristo. Frases por demás ingenuas, pero que se leen con increíble frecuencia.

Al hablar aquí de metas y caminos de la Iglesia estamos dando por supuesto que la actual no nos deja satisfechos. Pensamos que la Iglesia, como toda sociedad formada por hombres, necesita avanzar hacia un futuro más auténtico. La defensa a la ultranza del presente desemboca necesariamente en la muerte de todo dinamismo transformador. Resultado trágico, sobre todo cuando ya este presente se muestra desfasado negativamente respecto a las corrientes dominantes de su tiempo.

Pero por otra parte, hablar todavía de metas y caminos significa que se espera. De lo contrario se abandonaría el campo. Creemos en la posible vigencia de la fe cristiana, una fe eminentemente comunitaria y no individualista, y por eso creemos en la potencialidad de un grupo al que une su adhesión al evangelio.

Con esto ya estamos diciendo que no concebimos la Iglesia sólo, ni principalmente, como el conjunto de sus representantes oficiales. Más bien defendemos que su futuro está en el crecimiento proporcional de la base, actualmente mantenida tan marginada y pasiva.

## MAYORIA DE EDAD

Comenzamos proponiendo, por lo tanto, que el primer paso que debe dar nuestra Iglesia para abrirse al futuro es declararse en mayoría de edad, con unos miembros que opinan, discuten, deciden por su cuenta.

En una familia hay un estancamiento si los hijos, pasada una edad, continúan colgados de las faldas de su madre. Eso es lo que ocurre en nuestra Iglesia. Faltan voces independientes que demuestren una vida en continua revisión y discernimiento. Lo común y constante es oír a los hijos repetir hasta la saciedad lo que piensan sus papás, como si no hubiera ni pudiese haber otro punto de vista en el mundo.

Y no se crea que esta actitud se reduce a la base. Es un complejo que nos aqueja desde la punta del pie hasta la coronilla. El fiel repite lo que dice el sacerdote, el sacerdote repite lo que dice el obispo, el obispo repite lo que le dicen de Roma (1). En contraste, estos últimos años se ha dado precisamente en Latinoamérica un despertar de sus Episcopados a la realidad peculiar en que vivimos. En todo el mundo se han publicado numerosas colecciones de sus documentos. Pues bien; podemos consultar y escharbar en ellas para constatar, con dolor, una ostensible

ausencia de documentos venezolanos. Y no porque no se haya escrito abundante en este tiempo, sino porque los recopiladores han captado que allí no se afirmaba nada que no pudiera ser dicho igualmente en Europa u Oceanía, y por eso no lo han recogido como representativo de la marcha de un continente.

Esta falta de iniciativa es aún más lamentable si la comparamos con el puesto que ocupa el país ante el resto de Latinoamérica. A Venezuela hoy se la escucha y se la busca en todo el hemisferio por una serie de coincidencias afortunadas que la han colocado al frente de muchas esperanzas. Sin embargo, estamos respondiendo a esta sociedad eclosionante con una espiritualidad y una dogmática de los tiempos de Gómez.

El día que la Iglesia no se asute y hasta dé la bienvenida a las protestas y disidencias en su interior, habrá demostrado que por fin no tiene miedo al cambio, que se reconoce falible y necesitada de ayuda, que se cree suficientemente segura como para encajar el desacuerdo, que está abierta al futuro. En cambio, mientras campeen por su cuenta los inquisidores, y se admitan o hasta favorezcan las denuncias ocultas, los memoriales secretos, los relegamientos de inconformes, las listas de sospechosos y demás procedimientos medievales, tendremos que hacer esfuerzos para no desalentar-

nos.

Si examinamos ahora caminos posibles hacia esta mayoría de edad, en un primer momento puede aparecer como un medio especialmente eficaz la formación de un clero distinto. Teóricamente esto no deja de ser verdad, pero en la práctica no resulta tan sencillo. El poder, insensiblemente, tiende a perpetuar sus modelos de pensamiento y acción. Por eso es comprensible que la Iglesia tenga un cuidado extraordinario en la selección y formación de futuros sacerdotes. Es muy difícil alentar un pensamiento alternativo en un lugar donde la disciplina y el claustro de profesores están especialmente controlados (2). Además no hay que olvidar que el clero es una parte mínima, aunque todavía muy influyente, de la Iglesia.

De aquí la importancia de alimentar, asesorar y apoyar a comunidades de base dispersas, que en un primer momento pueden parecer totalmente carentes de poder, pero que en el futuro pueden dar un vuelco substancial a la situación actual. Este cambio de política no está motivado por una conveniencia táctica, sino que procede de una convicción evangélica. Hay que devolver a la base el poder de



crítica y de decisión que le corresponde legítimamente, y que determinadas maniobras centralistas le han ido arrebatando a lo largo de la historia. Esto, a su vez, contribuiría notablemente a lograr una Iglesia más abierta y distinta.

Es obvio e inevitable que este tipo de trabajo pastoral traiga una cierta tensión con la cabeza. Pero ésta ha sido siempre la ley de todo crecimiento. Habrá que buscar formas de que la tensión no se convierta jamás en ruptura; pero se rechazará también como tentación cualquier intento de hacerla desaparecer. Eso equivaldría a rendirse al pasado.

## UNIDAD

Es aquí donde los defensores de la restauración de la antigua cristiandad sacan a relucir textos del evangelio, donde la unidad aparece como signo del verdadero seguimiento de Cristo. El razonamiento parece irrefutable. Si la Iglesia debe estar unida, parecería indiscutible que, en caso de que haya una tensión entre la base y la cabeza es esta última la que tiene razón. Jesús habría dado a los apóstoles el poder de dirigir, interpretar y enseñar. A los demás les toca obedecer.

Pero esta rápida deducción no es tan exacta. El único signo indestructible de unidad es Cristo. Todos los demás le seguimos a medias. Los apóstoles tuvieron también sus momentos de ofuscamiento, y uno de ellos vendió a Jesús.

Es bien conocida la apreciación de San Agustín que vio a la Iglesia de su tiempo como una "casta prostituta"; casta porque Dios la ha hecho suya; prostituta porque mil veces se ha vendido a otro. Sin contar a Pablo, podríamos señalar a santos eminentes como Cipriano (s.III).



Bernardo (ss.XI-XII), Catalina de Siena (s. XIV) que se distinguieron por sus polémicas con determinadas actuaciones del Papado.

La unidad de la Iglesia es dialéctica porque pasa por el diálogo y la confrontación de las partes. Es un ideal y una promesa de futuro que siempre quedará imperfectamente reflejada en el presente. Cuando en la historia la Iglesia ha aparecido como perfectamente unida es porque se han silenciado por la represión y la fuerza voces en su interior, que luego el tiempo ha tenido que rescatar del olvido y de la muerte.

Por eso, por paradójica que pueda parecer la afirmación, el camino hacia la unidad es el pluralismo. Sólo cuando todas las voces hayan tenido ocasión de ser escuchadas sin trabas, se podrá optar con suficientes garantías. Y para esto, como hemos dicho antes, hace falta crear un ambiente. Porque no nacen de repente voces nuevas después de tantos años de silencio. Es preciso inspirar confianza para que los que piensan distinto que la línea oficial de la institución se sientan seguros de opinar en voz alta, sin miedo a perder el puesto o a ser hostigados. Habrá que estimular a quienes se esfuerzan por descubrir nuevas formas de cristianismo. Todo esto sería imposible en un partido político cuyo objetivo central es alcanzar el poder y mantenerse en él. Pero debería ser práctica normal de una Iglesia que no tiene su centro en sí misma sino en el seguimiento de un personaje que dio su vida en servicio a los demás.

Una concepción nueva de lo que significa ser cristiano necesita años para tomar cuerpo y ponerse en pie. Si ante cualquier intento de levantar cabeza se alza restallante la vieja ideología, una gran mayoría optará por callarse. Pero con eso no se habrán matado las objeciones.

Sin embargo, hemos dicho que el pluralismo es un camino y no una meta.

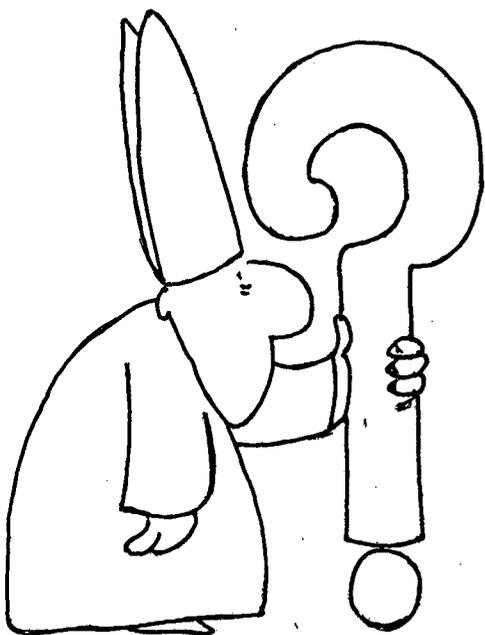
Una vez que las distintas voces hayan tenido libertad plena para expresarse, será conveniente que la Iglesia como cuerpo tome una postura definida. El pluralismo, si se convierte en meta, daría lugar a lo que en un número anterior de esta revista fue definido como "una especie de auto-mercado religioso" (3). Una gran institución plegada a los deseos más dispares de los diversos clientes, cuyo único ideal es mantener el mercado y llenar sus establecimientos. Para eso se hará rica con los ricos, un poco más sencilla con los pobres, reaccionaria con los poderosos y revolucionaria con los menesterosos, intelectual con los profesionales y supersticiosa con el pueblo. Hay que abrir más puertas para que todos encuentren una rendija por donde colarse. El negocio debe seguir adelante.

Parece claro que no es éste el ideal. Por otra parte, si la Iglesia profesa seguir a Jesús, el criterio de unidad estará en la continuación o desviación de su camino. Y esto lo encontrará en el evangelio.

## RELECTURA DEL EVANGELIO

El índice de libros prohibidos de la Inquisición española (1559) incluía la Biblia en castellano. Una de las argucias de los autoritarismos eclesiásticos de todos los tiempos ha sido siempre el disuadir al cristiano normal del acceso directo al evangelio. Con esto se lograba un control exclusivo de las fuentes por parte de los dirigentes. Sólo ellos sabían cómo debían ser las cosas; a los demás les tocaba aceptarlo.

Hoy ya no es posible vetar a nadie la lectura de la Biblia, pero en los círculos más conservadores se mantiene la misma tendencia a mediatizarla con lecturas hechas desde otras épocas y ambientes. Se recomiendan ante todo catecismos, manuales piadosos, autores de confianza, documentos oficiales. Queda como signo ambiguo el hecho de que en el s. XVI,



Sabadell

cuando una parte de la cristiandad defendió la lectura inmediata de la Escritura, la Iglesia se dividió en dos porque quedó patente la distancia tan abismal que había entre el ideal y la práctica. Se podrá acusar de lo que se quiera al Protestantismo, pero no se puede dudar de que en su interior se produjo un auténtico movimiento de Reforma.

Afortunadamente en estos últimos años los cristianos de Latinoamérica se están acercando al evangelio con nuevos ojos (4). No vamos a repetir lo que ya se dijo sobre esta lectura en el último número de SIC (5), y en otros muchos artículos aparecidos en los últimos años.

Se trata, en resumen, de que el evangelio sea lo que indica su nombre: una buena noticia. Y ante todo una buena noticia para los pobres.

Un joven rico se alejó cabizbajo de Jesús, a pesar de que lo estimaba, porque éste le exigió como condición para seguirle que pusiera su hacienda al servicio de los más necesitados. Hoy, en cambio, son los poderosos quienes agasajan, condecoran y financian a la Iglesia porque su voz halaga sus oídos. Mientras que los oprimidos que están más conscientes de la injusticia de su actual situación se alejan irremisiblemente de una voz que consideran vendida al enemigo bajo ropajes misticoides de espiritualidad ultraterrena.

El camino para lograr una nueva lectura del evangelio, más acorde con lo que está sucediendo en el país, será un cambio de ubicación y solidaridades por parte de las fuerzas vivas de la Iglesia. Mientras nos asentemos del lado de los que manejan el sistema seguiremos pensando como ellos y sintiendo sus preocupaciones y temores como propios. Si, por el contrario, asumimos las impaciencias e indignaciones de un pueblo que se siente arbitrariamente marginado y dominado, nuestra voz tendrá resonancias totalmente distintas.

No negamos que este cambio de ubicación se esté ya dando en parte. Pero seríamos demasiado optimistas si dijéramos que es ésta la línea dominante. Quienes deciden encarnar a la Iglesia entre los desheredados encuentran muy poco apoyo y bastantes dificultades e incompreensión. Su angustia es grande al verse tantas veces divididos entre urgencias internas hacia un mayor compromiso, y las voces paternas y lejanas que insisten repetidamente en la calma, la moderación y el orden.

#### CENTRO Y PERIFERIA

En realidad los cristianos que con su acción o su omisión fortalecen el actual sistema de injusticia no lo hacen casi nunca directamente. Pueden ser tremendamente entregados y de gran capa-

cidad organizativa a otro nivel distinto del compromiso prioritario en favor de un cambio de estructuras.

Por eso es importante distinguir en la Iglesia y en la vivencia de la fe entre lo nuclear y lo periférico, para no estar cuidando el jardín cuando aún falta un techo bajo el que cobijarse.

Las dos maniobras distractivas más comunes suelen ser la preocupación prominente por la ley y por el culto.

Primero por la ley. Una ley canónica que corre el permanente peligro de subordinar al hombre, en contra de una de las actitudes más claras y repetidas de Jesús. Si uno se centra en la fidelidad a la ley, como ya llamaba la atención Pablo, no tendrá suficiente con toda una vida. Siempre habrá cosas que cambiar, corregir, mejorar, sin que quede tiempo para un replanteamiento de las actitudes más fundamentales. Pero la ley no salva.

La solicitud pastoral del trabajador más dinámico puede sentirse plenamente ocupada si se centra en comprobar dónde se guarda la llave del sagrario, cómo se llevan los libros parroquiales, de qué forma se dice la Misa. Le faltará tiempo para enterarse de lo más importante: cuál es la opción básica de una comunidad cristiana en su contexto social concreto: qué tendencias apoya, qué estamentos protege, hacia qué metas camina.

#### CONCLUSION

Un artículo que se concentra en señalar metas y caminos aparece inevitablemente como parcializado e injusto con el presente. La preocupación por desbrozar vías nuevas olvida resaltar las que ya existen.

Pero la realidad de fondo no es así. Todo lo que en este artículo se señala como deseable lo creemos posible. No sólo eso; de hecho consideramos que ya existe. Lo que aquí hemos planteado resalta únicamente tendencias de grupos que actualmente se han lanzado a vivir el cristianismo en una forma que consideran más acorde con la situación actual de Latinoamérica.

Más aún; creemos que estos grupos están haciendo sentir su influencia de manera creciente. Hay que tener en cuenta que, después de todo, la mayoría de quienes en la Iglesia se mueven encerrados en las viejas estructuras lo hacen empujados por las circunstancias. Pero el deseo de cambio es casi general y acuciante. Y está dando resultados. Bastaría leer cómo hablaba nuestra Iglesia hace apenas veinticinco años y cómo habla ahora, para darse cuenta del camino recorrido. Desde dentro del proceso todos los pasos parecen pequeños e imperceptibles. Con el tiempo se aprecia la distancia.

Los cambios en la Iglesia han sido siempre el fruto del esfuerzo de pequeñas minorías cuya labor rara vez ha sido reconocida de inmediato. A algunos les podrá parecer el ritmo demasiado lento o el costo demasiado alto. Nosotros, en cambio, creemos profundamente en el poder de transformación latente en la generosidad de miles de cristianos, y preferimos trabajar por hacerlo realidad. Porque ya está sembrada la semilla. ○

#### NOTAS:

- (1) Se puede ver un agudo análisis de un caso concreto en A. ROJAS GUARDIA: Iglesia y Política. Comentarios a una carta pastoral. SIC n. 358, 1973, pp. 371-373.
- (2) Una reflexión, en cierto sentido desde dentro, en M. MORONTA: La formación para el sacerdocio en Venezuela. SIC n. 397, 1977, pp. 318-319.
- (3) I. CASTILLO: El futuro de nuestra Iglesia: Probabilidades y factibilidades. SIC n. 388, 1976, pp. 350-353.
- (4) Un ejemplo en E. CARDENAL: El evangelio en Solentíname - Sígueme, Salamanca, 1976.
- (5) SIC: Religión y política - n. 399, 1977, pp. 393-394.